

la Vía Sacra, el Papa santísimo pierde el color natural, da un grito agudo, y suelta un chiquillo robusto. A pesar de su inverosimilitud creyóse por mucho tiempo la leyenda. Y habiendo pasado entre el siglo noveno y el décimo no se halla rastro alguno de ella hasta el siglo décimotercio. Encuéntrase por vez primera en manuscritos de Polono y proviene indudablemente del odio experimentado por los güelfos de Italia contra el poder temporal de los Papas de Roma. Y, sin embargo, los cronistas lo copian á una con tal exactitud y lo transmiten con tal perseverancia que, en el año primero del siglo décimoquinto, aparece el busto de la Papisa Juana, entre todos los bustos papales en la célebre sacristía de Siena. Por manera que en la Edad Media todo el mundo se daba á estas ficciones y los enemigos de los Papas fingian el cuento de la Papisa Juana como los Papas mismos á su vez fingieran la donacion de Constantino, las decretales romanas y la carta de San Pedro al rey de los francos.

Invocamos todos estos recuerdos para demostrar con demostracion de todo punto incontestable que las instituciones tienen sus manchas, y pagan, como los hombres, el comun tributo á la congénita debilidad de nuestra naturaleza. Por los caminos que hemos señalado se constituyó la base fundamental de la Edad Media; la supremacía espiritual y la autoridad temporal de los Pontífices. Así como la debilidad de los últimos Césares, y las irrupciones germánicas, y la fundacion de los reinos bárbaros, sirvieron al poder espiritual, sirvieron tambien al poder temporal la debilidad de los últimos carolingios, las irrupciones normandas, y el establecimiento definitivo del feudalismo en Europa. Aquel Carlo-Magno, que el arte bárbaro de su tiempo ha impreso en nuestras retinas, con su cara litúrgica igual á la cara impasible de los santos bizantinos, con su luenga barba que le cae sobre todo el pecho, con su traje medio imperial y medio hierático; la corona cesárea en la cabeza, la ancha espada en la diestra mano, el áureo globo rematado por la cruz en la siniestra, la capa semi-pluvial sobre los hombros, las sandalias del patricio romano en los piés; ungido por el óleo sacratísimo y semejándose á un sumo sacerdote y á un sumo imperante; rey de los lombardos, personificacion augusta de los francos, es decir, los mas disciplinados entre los germanos, vencedor de los sajones á los cuales bautizó de su propia mano en Paderborn, vencedor de los bávaros rotos sin combate, dominador no solo de las tierras

que se extendian desde la Aquitania hasta las orillas del Rhin, sino de las tierras que se extendian entre las orillas del Rhin y las orillas del Elba y de las tierras que se extendian desde las orillas del Elba hasta las orillas del Oder; terror de los eslavos que habitaban las riberas del Báltico y de los eslavos que habitaban las riberas del Adriático; enemigo de los tártaros acampados en sus nómadas ciudades de madera; seguido por los reyes y por los duques de Sussex, de Northumberland, de Vasconia, de Galicia; agasajado por las embajadas de Bagdad y de Córdoba; requerido para rey en Jerusalem y para emperador en Roma; gramático con Pedro de Pisa, astrónomo con el sajón Alcuino, retórico con el escocés Clemente, casi monje con el godo Benito, poeta con el italo Teodulfo, sabio hasta el punto de llamarse á sí mismo el Salomon de los francos, legislador en las capitulares, teólogo contra Félix de Urgel, puede decirse que por un momento asumía en su colosal entidad, idealizada por todas las leyendas de su tiempo y bendecida por todas las Iglesias de su dominacion, el antiguo Imperio romano, con la sangre germánica rejuvenecido y engrandado con el rudo vigor de bárbaras grandezas. Pero, en una ocasion, á las postrimerías de su reinado, vió Carlo-Magno cuán pronto se cuarteaba y casi á tierra se venia tan vasto y colosal Imperio. Encontrábase en una ciudad de la Galia narbonense, cuando, de pronto, el mar lanza á la orilla unos nuevos bárbaros, desconocidos hasta entonces del mundo, y que parecian en sus ligeras barcas escandínavas verdaderos abortos del viento y de las olas. En su ignorancia tomábanlos cuantos los veian, unos por mercaderes judíos y otros por náufragos bretones. Y Carlo-Magno se echó á llorar como un niño, mirando aquellos aparecidos desde una ventana que daba al mar y al cielo inmensos. Y ninguno de sus cortesanos se atrevia á interrumpirle ni á preguntarle por la causa de aquel llanto, cuando él mismo se interrumpió, y en palabras entrecortadas por los sollozos dijo que lloraba porque veia en tales monstruos, no mercaderes, sino bárbaros, destinados á ser azote de sus descendientes y de sus pueblos. Sin duda, cercana ya la muerte, una vision profética, una de esas revelaciones que la eternidad guarda para quienes á ella se abocan, presentóle el poder temporal de los Papas, recién fundado, atrayendo la ira y la discordia; el Imperio, perdido para su familia y trasladado de los francos vencedores á los sajones vencidos;



la unidad romana por él restaurada rompiéndose en mil ahumados y ensangrentados fragmentos; el feudalismo naciendo y devorando hasta el mismo suelo de Francia; los normandos extendiéndose por todas partes sobre su grandiosa y frágil obra como si olfatearan y presintieran su irremediable debilidad y su prematura decadencia nacidas de aquella falsa idea carlovingia que pugnaba por encerrar el nuevo mundo germánico y sus libertades tormentosas y sus tribus independientes y su variedad infinita y su individualismo anárquico en los estrechos moldes de la Roma antigua, rotos por los bárbaros y no recompuestos por la reaccion, estéril siempre para erigir cosa alguna que merezca durar en la sociedad y resplandecer en la historia. Efectivamente, al ver á los normandos, Carlo-Magno habia visto á los sepultureros de su Imperio.

Estas dinastías eclesiásticas, como la dinastía carlovingia, degeneran bien pronto y producen reyes y emperadores bien débiles. Un servidor sumiso de la Iglesia fué aquel gran Teodosio, que arrojara los dioses desde lo alto del Capitolio y constriñera á los senadores á proclamar el catolicismo por medio de un golpe de Estado; y tuvo que legar su trono á dos séres tan débiles y tan miserables como Arcadio y Honorio. Rey eclesiástico fué el gran fundador del Escorial, y su grandeza funestísima, pero indudable, solo acertó á engendrar un imbécil como Felipe III, en cuya roja y linfática figura se columbraba ya la siniestra palidez de Cárlos II, el último de los austriacos españoles. Y en las familias bárbaras, que se asentaron en el trono gótico de nuestra patria, la misma irremediable decadencia se notaba, si por acaso debían el poder al nombramiento ó al influjo de los concilios. Los carlovingios cumplieron esta sentencia. De Cárlos el Magno dieron tristemente en Luis el Pio. Ley de nuestra historia la separacion completa entre el poder espiritual y el poder temporal, parece quien la desconoce ó quien la quebranta. Las leyes históricas tienen su penalidad natural como las leyes morales. Heredero el pobre Luis de absurda centralizacion, llevóla á sus últimos extremos, y sufre, por ende, todas sus funestas consecuencias. Un código para tantos pueblos, una regla para tantos monasterios, un emperador para tantas regiones ¡qué triste y qué engañosa ilusion! La espada de Carlo-Magno, aquella espada de longitud semejante al eje de la tierra, podia tan solo sostener, por algun

tiempo, la arcaica y artificiosa obra de la unidad imposible. Pero su hijo, de una piedad, de una mansedumbre, de una complexion moral incompatibles con tan bárbaros tiempos, parecia llamado á recibir sobre su cabeza los escombros de la frágil pero colosal obra de su padre. El primero en sublevarse es su sobrino Bernardo, monarca de Italia, á quien la ley condena á muerte, el emperador perdona de corazon y la emperatriz madre, Hermengarda, mata sin piedad, despues de haberle arrancado los ojos. Al poco tiempo cácase Luis con la hermosa Judith, tan seductora como Cleopatra, de raza enemiga á su raza, pues pertenecia á los sajones, la cual impera sobre él con absoluto imperio. Arrepentido Luis de este amor, en su forma legítimo y en su fondo sensual, hace pública confesion de sus pecados como un monje y se impone á sí mismo pública penitencia como un ermitaño de la Tebaida. Tanta virtud, impropia de aquellos hombres de fuerza, debilita al emperador á los ojos de sus vasallos, que ven con horror á su jefe, á su general, á su señor, vestido de harapos, atormentado de cilicios, cubierto de cenizas, mientras las barcas escandinavas se extienden por las costas y se cargan de tantos despojos que deben dejar una parte de ellos en tierra y arrojar otra parte al Océano. Así los eslavos se levantan en armas, los vascos suenan sus cuernos de guerra, los bretones desconocen la autoridad del Imperio, los escandinavos siembran los saqueos y las depredaciones en trescientas leguas de costa, los grandes se conjuran, los hijos del emperador se rebelan y le desacatan; uno de ellos, Lotario, le encierra en un monasterio por dos veces, en las cuales debe el rey de los reyes la salvacion á los vasallos de sangre germánica mas piadosos con él que su propia sangre, hasta que, asaltado de remordimientos, herido en sus afectos paternales, injuriado por los mismos que le debían la vida, débil hasta el punto de preferir en la distribucion de su reino los hijos del segundo matrimonio á los hijos del primero, muere en una isla del Rhin, cerca de Maguncia, viendo por todas partes levantarse el polvo que producian, oscureciendo los astros mayores de su tiempo, las tristes y recientes ruinas de su Imperio, que le sirven como de sepultura y de mortaja.

¿Quién podrá detener la destruccion del Imperio carlovingio? Forjado en el yunque de Cárlos Martel; nacido por la usurpacion criminal de Pipino y bajo la cortante espada de Carlo-Magno; se pierde por las bonancibles virtu-



des del piadoso Luis que renuncia desde el trono á cooperar á las leyes implacables de la naturaleza y á las fuerzas ciegas de la sociedad. Sus propios sentimientos de padre le pierden. Lotario toma el Oriente de su Imperio; Cárlos el Occidente y Luis solo tiene la Baviera, por lo cual se rebela contra el testamento de su padre. Lotario, á su vez, quiere restaurar el Imperio con las mismas fuerzas que habia vencido Carlo-Magno, con las fuerzas de los lombardos. Por eso es tan difícil comprender este caos y seguir las luchas que empeñan entre sí los cuatro herederos de Luis el Pio, Pipino, Lotario, Cárlos, y Luis. Lo que á estos dos últimos mas les sirviera fué que los dos primeros se apoyaban en los ejércitos paganos y tenian por tanto contra sí los ejércitos mas poderosos, es decir, los ejércitos eclesiásticos. Mas la confusion es grande como en todas las descomposiciones sociales, y como en todos los tránsitos de un período á otro período de la Historia. Si el siglo quinto fué el tránsito del mundo romano al mundo germánico-cristiano, el siglo noveno es el tránsito del mundo germánico-cristiano al mundo católico-feudal. Por consecuencia encontraránse en él guerras sin número, sacudimientos sin medida, campos devastados en los cuales se desarraigan hasta las raíces de los árboles, ciudades abrasadas como Jerusalem ó Numancia, lluvias de sangre, aparicion de instituciones como los castillos feudales que tienen el foso al pié, la horca en la cima, el puente levadizo á la entrada, los guerreros en todas partes, los esclavos en derredor para mostrar que estamos en la terrible época de las violencias eternas, en el sangriento comienzo de las edades feudales. El anárquico desórden era tal que los mismos hijos de Carlo-Magno ignoraban la extension y los límites del imperio, por cuyos dominios combatian. Así varias divisiones de tierras entre ellos, que no satisfacian á ninguno y que cooperaban al trabajo comun de la universal descomposicion social destinada providencialmente á engendrar el feudalismo, la defensa personal, la guerra continua, la soberanía fundada en el suelo, la variedad infinita, la aristocracia militar, el pechero aquí, el mesnadero allá, el siervo por todas partes pegado á los terruños como los aperos y los ganados de labranza, en una palabra, el régimen de la personalidad superior, avasalladora de las demás personalidades inferiores, traído por los germanos desde sus bosques, implantándose por la fuerza de la necesidad en medio de los terribles sucesos

de aquel tiempo; la descomposicion del Imperio carlovingio y las irrupciones desoladoras de los normandos. Piratas estos, hijos de la tempestad, habitantes del mar porque la tierra se negaba á darles un asilo, vivian del despojo que tomaban al paso, y sin apego ninguno ni á la religion, ni á la lengua, ni á las tradiciones de las tribus patrias; sin familia siquiera, porque las mujeres y los niños no podrian seguirles á través de los huracanes y de las tormentas; acampaban donde vencian, apropiándose por el hierro y el fuego así las creencias como las mujeres de los vencidos. Terribles eran verdaderamente sus guerras, como todas las guerras serviles, pues vencidos y emigrados buscaban jefes en esa raza de Espartacos, que ó bien tomaban las armas contra sus dominadores ó bien iban á engrosar las tribus invasoras en la antigüedad, prefiriendo la muerte á la servidumbre y buscando venganza á su humillacion, en las irrupciones continuas, las cuales ponian á su cabeza siervos animosos de las costas invadidas para seguir las inspiraciones de sus feroces y devastadores odios. Cárlo-Magno les opuso tenaz resistencia; y sus herederos les abrieron los brazos. El jóven Pipino les llamó contra su competidor Cárlos el Calvo; y les ofreció, en cambio de su auxilio, adorar, si les placia, hasta sus dioses. El piadoso Luis les dejó que tomaran provincias enteras, si al mismo tiempo tomaban el bautismo católico. Bautizados por la Iglesia y poseedores de tierra, continuaban, como buenos paganos y normandos, corriendo, guerreado, destruyendo, y con tal furia y saña, que en cuanto los atisbaban entre las olas verdinegras de los mares del Norte y oian su cuerno de marfil llamando á caza de hombres, corrian los pobres habitantes sin saber adonde, dejándose incultos los campos y esparcidos y errantes los ganados, pues las iglesias y las capillas y las reliquias, tan prestigiosas á los ojos de las vanguardias germánicas, no ejercian ningun poder moral, ningun apreciable influjo sobre estas sangrientas y devastadoras retaguardias. En tiempo, pues, de las invasiones germánicas brotaron los obispos como defensores de las ciudades y de las familias; en tiempo de las invasiones normandas brotan los caballeros feudales. Así abandonan los amenazados á sus reyes que vivian léjos, y se cuentan y se disciplinan y se arman y se aprestan al combate en torno de sus condes y de sus señores, los mas fuertes y los mas victoriosos, que están cerca y les defienden con su espada y les amparan con su escudo y les ofrecen asilo á la